

OBRAS COMPLETAS DE PABLO NERUDA¹

Jorge Guzmán
Universidad de Chile

De estas *Obras completas* acaba de aparecer en España el tomo IV, que aún no llega a mis manos. Pero creo que corresponde saludar la aparición de esta edición excepcional, que ya lleva tres años desde que comenzó a estar disponible. Los tomos I y II son de 1999 y el III del 2000.

Se trata de las primeras obras verdaderamente completas del más famoso de los poetas del siglo XX, y de alguna manera, el más significativo para los lectores de mi generación. Y se trata, además, de uno de los trabajos más pulcros, informativos y satisfactorios en materia de ediciones que yo haya visto en los últimos años. Es muy insólito un trabajo de esta calidad y de esta envergadura, cuando estamos acostumbrados a la insoportable levedad de las empresas culturales corrientes. Los que leen a Neruda para disfrutarlo plenamente, en toda su conflictividad, su poder y su riqueza, hallarán en esta edición el placer de una publicación confiable, que indica vías de abordaje a los textos, sin academicismos innecesarios, pero sin ninguna concesión a la ligereza de moda. Con dificultad tendrán alguna duda relativa a la voluntad textual de Neruda que no puedan solucionar o empezar a resolver en estas *Obras completas*.

Todo lo que con exigencia puede pedirse se ha cumplido aquí. Los tres tomos que tengo a la mano reúnen unas 3.600 páginas de texto, cuyo manejo es explicado así por el editor:

¹ Pablo Neruda, *Obras completas*. Tomo I, *De "Crepusculario" a "Las uvas y el viento"*, 1923-1954, Introducción general de Saúl Yurkievich y Prólogo de Enrico Mario Santí. Tomo II, *De "Odas elementales" a "Memorial de Isla Negra"*, 1954-1964, Prólogo de Saúl Yurkievich. Tomo III, *De "Arte de pájaros" a "El mar y las campanas"*, 1966-1973, Prólogo de Joaquín Marco. Tomo IV, *Nerudiana dispersa*, 1915-1973, Prólogo de Hernán Loyola. La edición y las notas de los cuatro tomos son de Hernán Loyola, con asesoría de Saúl Yurkievich. Barcelona: Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores, 1999-2001.

“Cada uno de los libros de Neruda incluidos en [estos volúmenes] remite a un aparato de notas con: una breve historia de la escritura y constitución del libro; un elenco de sus principales ediciones, totales o parciales; observaciones, correcciones y noticias varias sobre los textos; un registro de *anticipaciones* (las publicaciones fragmentarias, anteriores a la primera edición del libro); la recuperación, en notas, de los textos –o fragmentos de textos– que las ediciones definitivas sustituyeron o eliminaron y un registro de variantes notables” (I, p. 107).

Vale agregar que las notas del editor ocupan 245 páginas. En suma, el trabajo tiene el rigor con que se manejan las ediciones críticas, pero atiende solamente a obras publicadas, no incluye examen directo de manuscritos. Se basa en la cuarta edición de las *Obras completas*, (Losada, 1973), pero corrige sus innumerables errores y erratas. El editor distingue entre “‘nerudiana orgánica’, es decir, los libros que Neruda individualizó y tituló como tales (volúmenes I, II y III), y ‘nerudiana dispersa’ (volumen IV)” (I, p. 106).

Debo aclarar que la aproximación crítica que prefiere el editor es casi la opuesta de la que yo mismo utilizo cuando me ocupo de poesía. Mientras Loyola centra sus observaciones en la biografía del autor y su discurso articula los poemas a partir de ella, la mía se limita empecinadamente a examinar solo textos, y descreo de la eficacia de intentarlos a partir del autor histórico. Me complace reconocer, sin embargo, que en este caso, las notas del editor, en unidad con los textos poéticos que comentan, me han deparado una verdadera experiencia estética. Y eso, ayudado por el rigor de las observaciones y el manejo interpretativo de la información. No hay ninguna intención estética en las notas, pero yo las leo casi como una novela, y creo que a cualquier lector le pasará lo mismo si solo lee tratando de articular textos nerudianos y notas en una configuración de sentido. Agrego que perfectamente se puede prescindir de las notas y limitarse a los poemas, en la confianza de que el texto está rigurosamente establecido. Sin embargo, de alguna manera estoy convencido de que los textos de Neruda, para construir, hoy, el lector implícito que pueda disfrutarlos plenamente, se benefician de un andamiaje como el que les proporcionan estas notas.

No se puede leer a Neruda sin recordar la historia completa del siglo XX. Quizá los “Veinte poemas de amor y una canción desesperada” sean excepción. Y sin embargo, incluso esos textos que en 1924 empezaron a articular el sentimiento amoroso de millones de mujeres y hombres, y siguen articulándolo, también se benefician de significación y densidad al ponerlos en la historia del siglo XX a través de la biografía de su poeta.

Imposible leer a Neruda olvidando que su vida de político y de poeta estuvo vinculada a todos los acontecimientos históricos que nos agruparon en facciones enemigas, nos hicieron comprender nuestra vida y las ajenas a la luz de la historia,

nos hicieron odiar o reverenciar ideas, personas y comunidades durante el siglo XX, y hoy todavía nos sirven para interpretar lo que pasa y lo que no pasa. Si la historia de los días actuales nos parece tan abominable a algunos y tan excelente y defendible a otros, las raíces de esos juicios y sentires están hundidas en los acontecimientos del siglo XX.

Y esta edición de Neruda repone en la conciencia del lector esos fundamentos inevitables. Ya la gran división que acepta el editor entre textos nerudianos “modernos” y “posmodernos”, vincula la lectura con mi experiencia de la historia. Millones murieron durante el siglo XX en el esfuerzo “moderno” que quería ordenar la realidad de todos los hombres bajo los conceptos de libertad, igualdad, justicia, felicidad, eso que hoy llamamos la Utopía. Millones murieron por oponerse a ese proyecto. Ni Neruda ni nadie escapó del clima simbólico que nació de esa pugna. Tampoco escapó nadie del colapso de esa modernidad.

De alguna manera, esta edición presenta a Neruda como el paradigma del hombre que creyó, se desilusionó, pero siguió creyendo pese a la desilusión. Un resumen de las ideas que Loyola sostiene se encuentra en II, pp. 1398-1400. Allí, comentando la “Composición” del *Memorial de Isla Negra*, resume el itinerario que desde la modernidad lleva hasta la posmodernidad al Sujeto de los poemas nerudianos. Sujeto= “figura ficticia que lo representaba en su propia escritura” (II, p. 1403).

Pongamos un ejemplo de la manera en que estas *Obras completas* presentan al poeta y su poesía. De las *Nuevas odas elementales* se cuenta que fueron escritas en La Chascona, junto a Matilde Urrutia, luego de la separación definitiva entre Neruda y Delia del Carril. Con detalles, además, de la geografía de la casa, como la cascada que alegró a Neruda cuando compró el sitio donde luego edificaría La Chascona, en los faldeos del cerro San Cristóbal de Santiago. Pero que puso una nota siniestra en las ceremonias de su muerte, cuando el día 24 de noviembre del 73 su cadáver fue trasladado allí desde la clínica Santa María, y se encontró que “desconocidos” habían desviado el canal de la cascada e inundado con él la planta baja de la casa.

Otro ejemplo saco del tomo II para mostrar esta manera de leer a Neruda, que me parece enriquecedora en este caso, aunque sea contraria a la que yo prefiero para otros poetas. Facilita la lectura esta vinculación directa de la biografía del autor con la evolución de algunos componente muy importantes de su obra. En el caso de Neruda –y eso, creo, es lo que quiere mostrar Loyola– se justifica la aproximación de las dos dimensiones y la elaboración de un discurso crítico que sale al paso de los muchos prejuicios con que solemos leer hoy a Neruda, especialmente en Chile. Tanto Yurkievich como Loyola muestran que hay un esfuerzo de construcción de un ‘Pablo Neruda’ en todos los pasos de la escritura de sus obras completas. La presencia en las notas de Loyola de dos fechas claves en la biografía del poeta, 1955 y 1956, como explicativas de un cambio en la relación del yo poético con el mundo y

la escritura, me ha resultado iluminadora y sabrosamente negadora de mis empujones críticos. La primera, 1955, es la del término que puso Delia del Carril a su relación de veinte años con Neruda, a causa de la que él mantenía paralelamente con Matilde Urrutia desde años atrás. Ciertamente eso, como dato existencial, no compete directamente más que al poeta. Pero indirectamente también me concierne: de alguna manera trae a la memoria afectiva la ideología amorosa de entonces, donde regían desde las canciones de Edit Piaf o Marlene Dietrich hasta las libertades eróticas de Picasso y por ahí en algún recoveco, las de todos los hombres de mi generación. La segunda fecha, febrero de 1956, compete a todo el mundo, porque fue la del famoso XX congreso del PCUS, en que N. Jrushov hizo públicos los crímenes de Stalin, y el stalinismo se convirtió en anatema. Los que confiábamos en que el régimen soviético iba a desembocar en la Utopía fuimos particularmente afectados. Pero no solo nosotros. El mundo entero sigue bajo el influjo de esa poderosísima desilusión. Las señales del cataclismo que sacudió a Neruda y que Loyola encuentra en los poemas, me hacen personalmente interesante la lectura de las notas.

El editor articula su presentación mediante una serie de nombres que va tomando el Sujeto nerudiano en sus diferentes libros y la lógica de la presentación es la lógica del sentido de esos nombres. En este sentido, dos ideas conforman el marco más vasto de lectura que propone el editor. Una es que el proyecto nerudiano de construir un Yo poético (ése que recibirá distintos nombres en distintos libros) va desde los primeros poemarios y lo manifiestan crisis vitales y poéticas poderosas, frente a las cuales el Sujeto intenta “una operación de autorrescate que en definitiva tiende siempre a lo mismo: a la recuperación de una *trascendencia laica* donde inscribir (=donde conferir sentido aceptable a) la propia muerte” (II, p. 1375). La otra es que en su primera larga fase de desarrollo, estos esfuerzos se atribuyeron un origen, el “valor mítico fundacional que Neruda asignó a su experiencia adolescente y juvenil de Bajo Imperial [...] cuya extensa playa solitaria acudió innumerables veces a los textos del poeta para aludir a la patria íntima, individual, originaria del propio ser [...] al territorio fundador del Sujeto enunciador-protagonista de la escritura nerudiana” (I, p. 1215). Desde ahí, se fueron hallando distintos nombres para el Sujeto, estrechamente vinculados a su relación con la historia del siglo XX y también con su historia íntima, mayormente amorosa. Así, se llamó Hondero Entusiasta en los comienzos de su empresa poética, reclamando con eso una ciclópea contextura de poeta. Dijo luego “Yo soy”, al remate del *Canto general*, designando así al testigo-cronista de la realidad de Chile, América y el mundo, que iba a culminar en *Las uvas* y *el viento*. El Hombre Invisible fue otra de las identidades de crecimiento del Yo Soy del *Canto general*, un representante de todos los que se movían hacia el territorio libre y feliz de la Utopía, con la llave del futuro en las manos, hermanado con el Capitán, nombre del Sujeto en cuanto amante de una mujer que lo confirma en todos sus nombres y su condición de militante. Y paralelo también del Errante Cronista

Americano, desterrado por las fuerzas regresivas de la historia, todavía capaces de alterar la vida de los que marchan triunfantes hacia la Utopía. Esta creencia en que la Unión Soviética y los países socialistas corregirían los males de la historia sufre un cambio perceptible, para el editor, en el *Tercer libro de las odas* (1957). La crisis consiguiente hizo al Sujeto renunciar al Yo soy del *Canto general* y a su dignidad de Capitán, y hasta abandonar el objetivo de alcanzar el territorio del Yo definitivo (II, p. 1357). Examinando la “Oda al camino”, que Loyola considera “Texto fundamental”, lo encuentra significativo de la desilusión cabal: “creía haber perseguido un horizonte verdadero, una meta válida y practicable. En realidad se trataba de un espejismo” (II, p. 1360). *Estravagario* es uno de los lugares poéticos de esta desilusión, pero su presencia se detecta también en *Las piedras de Chile*, donde “El Sujeto, historizado en exceso, busca simbólicamente establecer sobre la máxima inercia de la naturaleza —la Piedra— su nueva poética (posmoderna)” (II, p. 1389). Y reaparece en *Fin de mundo*, que ve en el siglo XX el tiempo en que “fueron visibles sólo la mentira, la violencia, la degradación generalizada” (III, p. 979), y que sin embargo, sirve de paso a *La espada encendida*, cuyo tema, según Loyola, es “el reconocimiento de [que] la *deshabitación* (en acto) de la historia era la base necesaria para fundar la esperanza en la *rehabitación* de la historia” (III, p. 980). No hay, pues, abjuración en todo este proceso de rescate de un Yo posible frente al terrible fracaso del intento utópico. Lo prueba que en 1970 produzca un texto militante, *Incitación al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena*.

Creo que a cualquier lector interesado en la arqueología de las actitudes estéticas del siglo XX, le convendrá la lectura de las notas de Loyola. Si no por otra cosa, porque son una muy importante ayuda filológica. Con ellas en la conciencia, se puede leer mucho de la poesía de Neruda casi con el frescor que tuvo para los que la leíamos a medida que se iba produciendo. Y con el placer agregado de un punto de lectura comprensivo, no entregado a esa ceguera que origina la historia mientras se la está viviendo.

En este marco nuevo, los prejuicios con que hoy día abordamos los textos nerudianos se suspenden. Y las *Obras completas* se convierten en una aireada experiencia de lectura. Se va perfilando a lo largo de ellas la historia íntima de un gran poeta del siglo XX que vivió en voluntario compromiso con gran parte de los mayores acontecimientos del mundo y de su país hasta 1973.

Termino repitiendo que el lector que quisiera solamente disponer de una edición académicamente inobjetable de la Obras de Neruda y que no tuviera mayor interés en los aspectos históricos, ideológicos y valorativos de los poemas, puede prescindir de las notas y su aparato crítico y limitarse a disfrutar de la poesía en texto seguro y formato impecable.